

**E**STE viaje melancólico y obstinado de Harold Wilson por las seis capitales del Mercado Común acaba, o trata de acabar, con una tradición de mil años. Trata de acabar con el «espléndido aislamiento», con la forma política y psicológica de una nación «demasiado insular, demasiado marinera», como dijo el General De Gaulle en una famosa conferencia de prensa, el 14 de enero de 1963, cuando por primera vez vetó la entrada de Gran Bretaña en el Mercado Común. El hecho de ser insular aque-

lla nación había valido a De Gaulle encontrar en ella un refugio cuando su propia tierra estaba invadida por los alemanes. Pero la historia no se hace con agradecimientos ni con buenos recuerdos. Entonces la franja de agua que separaba las Islas Británicas del territorio continental era todavía una garantía de defensa. Más atrás en el tiempo, bastaban los cuatro o cinco metros de agua del foso de un castillo para garantizar una defensa, un aislamiento. Hoy ya no basta el Atlántico. El salto del Canal es un juego militar para cualquier estratega aficionado. Tan velozmente cambia el mundo en nuestra época. En 1945, Gran Bretaña era una nación triunfante y poderosa, que dirigía o codirigía la política del mundo, que enviaba ejércitos expedicionarios a Grecia y Turquía para modificar a su gusto los regímenes de aquellos países, que disponía de un imperio vasto, que imponía sus decisiones a Estados Unidos. Hace poco más de veinte años ofrecía generoso refugio a un coronel larguirucho y tímido, llamado Charles de Gaulle, creyendo quizá que sólo ayudaba a un símbolo de libertad. Hoy la pipa de Wilson se ha apagado al entrar en el Palacio del Eliseo para no molestar la amplia nariz austera de ese mismo De Gaulle al que va prácticamente a implorar que le deje entrar en Europa. Le esperan Bruselas, Luxemburgo, Bonn y La Haya, antes de que el 2 de marzo llegue a Estocolmo para explicar a sus compañeros de la Asociación Europea de Libre Comercio cuáles son sus posibilidades de unirse, finalmente, a la más poderosa Europa. Esta etapa de París es la más humillante, la más difícil de su viaje.

Quizá sea más fácil romper una tradición de mil años que otra de cinco, de seis. Cuando en el bienio 1961-1963 el gobierno conservador de la Gran Bretaña pretendió por primera vez el ingreso en el Mercado Común, la oposición laborista se opuso tenaz y ferrocemente —representada entonces por un *leader* de más empuje

que Wilson: Hugh Gaitskell, cuya muerte fue una pequeña catástrofe para su partido— y quizá entonces ganó muchos de los votos que iban a elevar a un poder mucho más amplio que el de su propia estatura mental a Harold Wilson en octubre de 1964. Todavía entonces Wilson habló de la integración en Europa mediante la aceptación por el continente de las condiciones británicas: unas condiciones tan difíciles que sabía que iban a ser imposibles de aceptar. Cuando Wilson presentaba aquellas condiciones, la opinión pública británica, auscultada por una encuesta «Gallup», pretendía la integración en Europa por 48 por 100, frente a una oposición del 34 por 100 (otras opiniones, indiferentes); hoy la variación de la opinión pública es muy sensible. En el pasado mes de noviembre una encuesta similar demostraba que 65 por 100 de los británicos estaban de acuerdo con la integración, y sólo el 14 por 100 en contra. El anuncio del viaje de Wilson no ha provocado reacción contraria.

Es una fatalidad de nuestro tiempo que los gobernantes de los países vaya con un retraso creciente con respecto a la opinión pública. Y no sólo respecto a la opinión pública como instinto, como deseo de los pueblos, sino con respecto a una serie de verdades, de conocimientos, de hallazgos científicos, sociológicos, técnicos. La clase política es conservadora, independientemente del partido que la sustente, del país en que florezca, del sistema que propugne. Hasta hace poco sucedía lo contrario: los grandes políticos eran audaces, proyectados hacia el futuro, reformistas; sus pueblos, temerosos, sabedores de que las audacias políticas les pagaban siempre los pueblos, trataban de frenarles. Quizá la diferencia estriba en que entonces la información, los datos, la ciencia, las doctrinas, estaban en manos de los gobernantes: eran productos de corte y los intelectuales —entendiendo por este término los trabajadores del pensamiento que se aplican al estudio de las coyunturas y al intento de facilitar soluciones— eran cortesanos privilegiados o, en la forma del siglo XIX y de principios del XX, funcionarios protegidos. Hoy los intelectuales están desolidarizados de los poderes, trabajan y encuentran por su cuenta; están sustentados por la opinión pública, que les paga directamente a través de los amplios medios de información a su alcance.

Gran Bretaña no solamente no es una excepción a esa regla, sino que es una de sus más claras demostraciones. El rostro popu-



Viaje melancólico y obstinado el de Wilson por las capitales del Mercado Común. El «premier» sabe que frente a la opción europea no tiene más alternativa que la satelización. Sus medidas de austeridad han fracasado. En la foto aparece en Roma, con su ministro de A. Exteriores, Brown, y el ministro italiano, Fanfani.



# WILSON PEREGRINO

Por **EDUARDO HARO TEGLEN**

lar que presenta la Gran Bretaña es uno de los más modernos del mundo, uno de los más libres e inteligentes. Está creando un *way of life*, un estilo, unas formas que se imponen al resto del mundo. Hay una «manera de ser» británica, explorada principalmente por su juventud; hay una tecnología que es la más preclara de Europa. Hasta el punto de que Wilson la presenta al Continente, en su peregrinación, como una baza mayor: el Continente necesita de la tecnología británica. Sin embargo, la política británica está reconstruida con los ladrillos rotos del viejo imperio destruido. No sabe aprovechar esta ola popular renovadora. Parece por conservar el mito de la Commonwealth, cuya realidad se niega cada día. No hay una verdadera Commonwealth, no existe tal comunidad de naciones como no sea en el triste sueño del pasado. Parece por mantener unas sombras de colonias distribuidas por el mundo, lejanas y diminutas, costosas y contraproducentes, en las que se desperdician algunos funcionarios ilustres recordando los tiempos de la India. Parece por conservar el mito de la libra esterlina como moneda mundial. Cuando De Gaulle propone a Wilson que devalúe, que aumente el precio del oro, Wilson se sonroja como si le hubiesen hecho una ofensa personal. Y tras ese sonrojo quizá se oculta otro mayor: el de la falta de permiso de los Estados Unidos, que teme que tras la devaluación de la libra viniera la del dólar. Por defender esa libra mítica, hipotecada, mulata del oro y el dólar, el partido laborista —o sea, «trabajista»— se enfrenta con su base, con el mundo del trabajo, con los sindicatos. Finalmente, el sostenimiento del mito de los Estados Unidos es uno de los que más caros paga la Gran Bretaña. Bismarck dijo el siglo pasado que Estados Unidos y Gran Bretaña estaban unidos por el nexo del idioma común, de la familia común, y que así sería siempre. Pero al ritmo de aceleraciones de la historia, el siglo pasado equivale a cien siglos pasados. Muchos observadores en Gran Bretaña temen que su país se convierta, por la adoración a este mito, en el 51 estado de la Unión, en una parte más de los Estados Unidos. Su dependencia económica, militar y política es ya exagerada. Desde la humillación de Nassau —la conferencia en que Mac Millan abandonó todos los planes militares y políticos de su país bajo la presión de Estados Unidos— hasta nuestros días, esta subordinación ha ido creciendo.

Wilson es, sin duda, consciente de este riesgo grave que está corriendo su país, en el que se modifica continuamente la relación de fuerzas con respecto a Estados Unidos, de forma que mientras Estados Unidos crecen industrial y económicamente de una manera gigantesca, la Gran Bretaña se empequeñece y se subordina más y más. Del otro lado, el continente presenta una masa de trescientos millones de trabajadores; una masa que está acrecentándose cada día por la incorporación rápida hacia el Este, hacia ese mundo cuyo telón de acero echó Churchill en su discurso de la Universidad de Fulton y que trabajosamente está levantando De



Gaulle en su propio beneficio; hacia el que se dirige ya, titubeante, asustada, sobrecogida aún por sus propios mitos, la Alemania Federal y los países más recalcitrantes de Europa.

Hasta ahora la política exterior ejercida por Wilson se ha compuesto exclusivamente de fantasmagorías, de ilusionismo. Ha fingido enfrentarse con la independencia unilateral de Rhodesia, al mismo tiempo que se preocupaba de que ninguna medida hiriese realmente a Ian Smith y su grupo. Ha fingido una aproximación a Moscú mediante viajes repetidos para tranquilizar al ala izquierda de su partido, mientras hacía que en estos viajes no hubiera nada más que conversaciones vacuas, horas de acuerdos o de entendimiento real. Ha fingido oponerse suavemente a la política americana del Vietnam para tranquilizar a la opinión pública horrorizada, pero haciendo guiños mientras tanto a Johnson para que comprendiese que nada había cambiado. Ha fingido negociaciones acerca de Gibraltar con el Gobierno español y no ha dado un solo paso hacia un progreso real, hacia un entendimiento en un terreno de lo posible. Wilson se ha convertido en el «farsante del mundo occidental» —como en el título de la comedia de Synge—, sin duda porque no podía ser otra cosa. Incluso finge que es un laborista, cuando el socialismo camina hoy a cien mil leguas del laborismo de Wilson...

Muchos observadores se preguntan si las gestiones de Wilson en las capitales del mundo occidental no forman una farsa más. Una forma de asegurarse la amistad de los europeístas de su país, haciéndoles ver que si Gran Bretaña, después de todo, no ingresa en el Mercado Común no es por su falta, sino por la de De Gaulle, mientras tranquiliza a los antieuropeístas que aún existen en el seno de las clases tradicionales. Esta tesis es posible, pero no probable. El ilusionismo dura en política algún tiempo; cada vez menos. Cada vez les está menos permitido a los políticos, a los dirigentes de los pueblos, ser encantadores de oficio; porque los plazos se cumplen ahora más rápidamente que nunca. Los problemas y las realidades con que se enfrenta Gran Bretaña no admiten trucos. Las medidas de austeridad impuestas por Wilson con objeto de restaurar la economía británica no han dado el resultado apetecido. La industria creciente de su país le aprieta para que encuentre nuevos mercados: los de Europa se los devora el Mercado Común, los del Este los está monopolizando Francia y es posible que en breve plazo los conquiste Alemania Federal —la cual, dicho sea de paso, es una de las más graves angustias de De Gaulle—. Los Estados Unidos dominan cada vez más el terreno británico. Todos estos hechos están ahí, los tiene encima. Es posible que el Mercado Común sea una solución. No solamente una solución técnica, una solución económica, sino incluso —como pretende De Gaulle— una solución política. Wilson tiene al menos la suficiente inteligencia como para comprender que frente a la opción europea no tiene más que la satelización.